

# **PAPEL DE LAS ESCUELAS DE INGENIEROS EN LA ECONOMIA ESPAÑOLA**

Juan Velarde Fuertes

He de hacer una observación previa. Decidí desarrollar este tema como consecuencia de mi plan de trabajo en relación con la investigación en torno a las ideas económicas que cambiaron la economía española. Esa cuestión se me planteó de una manera doble. Por un lado como consecuencia de leer en inglés cuestiones de la Teoría General de Keynes, y me encontré con que tanto la edición en español de El Fondo de Cultura económica, como la madrileña Ediciones Aosta, decían exactamente lo mismo en el párrafo final, de manera imperfecta. Porque lo que realmente señalaba Keynes era que “tarde o temprano son las ideas, no los intereses creados, los que crean opciones, tanto para el bien como para el mal”.

Y eso, a partir de mi tesis doctoral sobre las ideas de Flores de Lemus, lo ratifiqué y decidí observar más alteraciones, orientadas hacia el bien o hacia el mal generadas por el pensamiento económico en España.

Eso me llevó a investigar, desde entonces, y hasta ahora mismo, esas cuestiones, que han generado la existencia de multitud de trabajos que he ido acumulando. Los oriento al papel que han tenido en el pasado instituciones y también personas concretas. De esas personas concretas busco su investigación cuando ya han concluido la posibilidad de actuar en relación con el mundo económico. Naturalmente, eso motiva que algo tan importante para exponer esa relación entre ideas y realidad económica, tuvo lugar en las Escuelas de Ingenieros, y debe limitarse a lo que se debe a las ideas de ingenieros ya desaparecidos, pero me interesa destacar, previamente, que eso no quiere decir que el proceso no haya continuado; pero esa cuestión de lo actual no la he tenido en cuenta, aunque admito que afecta incluso a académicos actuales muy importantes.

Por otro lado intenté ampliar esta cuestión no solo a la economía española sino también en el caso de las Escuelas de Ingenieros a la significación derivada nada menos que de Walras y Pareto. Mucho tengo que agradecer en relación con Walras a la extraordinaria aportación de Julio Segura. Por eso incluí en lo que hoy aportó una amplia referencia a esa cuestión. Todo ello ha originado un texto que, forzosamente, su lectura hoy rompería toda la disciplina del tiempo que, acertadamente, ha puesto en acción nuestro presidente. Por ello me centrare exclusivamente en ámbitos españoles, e incluso no de manera exhaustiva; pero como lo escrito resulta muy amplio he

entregado todo mi texto para que por correo electrónico lo tengan todos los académicos, no porque crea que se trata de algo extraordinario, sino simplemente para que conozcan mis puntos de vista, y ahora, de una manera mucho más limitada paso a exponer sólo parte de ese trabajo que se envía, y para un debate inmediato, comenzare con la figura de Echegaray e inmediatamente con la su mentor, Gabriel Rodríguez y a partir de ahí con derivaciones de ingenieros que desempeñaron puestos notables relacionados con las ideas que cambiaron nuestra economía, para bien o para mal

Por eso finalmente he cedido a la tentación de efectuar una referencia a la podríamos llamar polémica sobre el futuro de la economía española desarrollada, con un planteamiento dispar, por dos ingenieros y sus correspondientes entornos: Antonio Robert y Leopoldo Calvo Sotelo. Antonio Robert era Ingeniero Industrial, y tengo que señalar que ese impacto en la economía de las ideas de ingenieros se da también en todos los demás y no exclusivamente en los industriales –siempre hay que recordar a José Castañeda y en los de caminos, y desde luego con mucha fuerza en los Ingenieros Agrónomos, - basta citar el nombre de Pascual Carrión o el de Vergara Doncel, o en el de los Ingenieros Navales con Suanzes, y así sucesivamente.

Paso pues a ocuparme de cuando Echegaray explica su vida en la obra de José Antonio Martín Pineda, Un Ingeniero y una Época (Real Academia de Ingenieros, 2016). Muestra con claridad esto al señalar que, después de una preparación inicial en el año de 1848, con un profesor particular de geometría descriptiva, decidió “en diciembre de ése año, realizar el ingreso en la Escuela de Caminos para seguir los cursos preparatorios que (allí se) desarrollaban y que duraban dos años. La entrada en el caserón de la calle del Turco, (hoy Marqués de Cubas) dónde se encontraban, fue como el ingreso en el templo del saber. Preguntó al portero dónde se podría encontrar al profesor ayudante al que entregaría su instancia. El portero le contestó que no se encontraba en la Escuela, y que en su lugar se la recogería el número 1 del quinto año que estaba supliéndole....” Echegaray describe la emoción que pasó a tener en ese momento, porque se insertaba definitivamente en el lugar que deseaba. Cuando a los pocos días vuelve a la Escuela y le pregunta al portero el nombre del que le había recibido tan amablemente como para fascinarle, recibió la noticia de que ese número 1, alumno de la escuela, se llamaba Práxedes Mateo Sagasta.

Esto enlaza ya entre quien era número 1, y quien iba a serlo al poco tiempo. Un proceso que estaba ligado, además, al esfuerzo durísimo y continuo que se había insertado casi como un lema en la Escuela. Lo destaco porque voy a hablar seguidamente sobre algunos de estos números 1, que pasaron a ser personajes importantes de la vida española. Fueron quienes, como Sagasta, Echegaray o recientemente Leopoldo Calvo Sotelo, ocuparon los más altos puestos en el Gobierno de España. Además, como le sucedió tanto a Sagasta como a Echegaray, también tuvieron un papel importante en lo que se refiere a

aportaciones en el terreno de la ciencia económica. La base de todo ese impulso inicial hacia la carrera de Ingeniero de Caminos se encontrará siempre en el amor a las matemáticas. Luego, a partir de esta raíz, vendrá lo demás. Echegaray lo señalará en la entrevista incluida en el libro Luis Antón del Olmet y Antonio Campos Carraffa, “Los Grandes Españoles. Echegaray. El Insigne Polígrafo cuenta su vida luminosa llena de aventuras geniales y de azañas fuertes (Imprenta de “Alrededor del Mundo”, Madrid, 1919).

Queda expuesto esto con claridad al indicar en esa obra el propio Echegaray, que se orientó hacia las clases del profesor Francisco Alix, en el Instituto de Murcia, ciudad donde había ido a ejercer su padre, de médico. Echegaray recordaba el placer infantil impresionante que pasó a tener, al poder sumar quebrados tras la reducción a un común denominador. Por eso, y cuando su padre le pregunta qué carrera deseaba seguir al concluir el bachillerato, dice Echegaray: “Escogí la de ingeniero de caminos. Tenía yo una vocación irresistible por las ciencias matemáticas, y ese fue el medio que a mi regreso a Madrid puse en marcha. Habida nacido yo en Madrid en 1832”.

Entró así Echegaray en el mundo de la ingeniería, en el de las matemáticas, en el de las ciencias físicas y, también, en el de la economía, de la que le habló otro Ingeniero de Caminos y economista, Gabriel Rodríguez, señalándole temas siempre apasionantes. Uno de ellos fue el del librecambio y, también, las cuestiones entonces debatidas sobre amplios campos de la economía política.

No en balde Echegaray fue, como ministro de Hacienda, en el último momento de la Revolución de 1868 y en la etapa del General Serrano, o sea en 1874, autor de la reconstrucción del Banco de España, al que se le concedió el monopolio de la emisión de billetes y, por ello, automáticamente, se le convirtió en el Banco central. Volvería Echegaray a ser ministro de Hacienda en 1905, en un gobierno de Montero Ríos. Entonces su preocupación se dirigió hacia el sistema fiscal, que había pasado a desarrollarse dentro de las normas de la Reforma Mon-Santillán. El 19 de julio de 1905, en La Época se señalaba que, en San Sebastián, había manifestado “el ministro de Hacienda, señor Echegaray esto: “Lo que sí tengo resuelto es presentar como primer proyecto de ley, el del Catastro de la Riqueza. Es cuestión de gran importancia, porque sobre Catastro no existe nada hecho en España”.

Pero no todo quedaba reducido a esos grandes estudios, o sea, en puras actitudes intelectuales a causa de la realidad sociopolítica y económica en la había tocado vivir. Lo comprobamos en el caso de Gabriel Rodríguez y Benedicto, quien en la historia de las doctrinas económicas suele ser conocido simplemente como Gabriel Rodríguez. Era considerado como muy ducho en matemáticas. Por eso, en su casa, montó una academia para la preparación para el ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos, que duró de 1858 a 1871. Pero, al mismo tiempo, Gabriel

Rodríguez vivió intensamente el mundo polémico de las discusiones sobre el librecambio y el proteccionismo. Por eso fue uno de los fundadores, y presidente durante algún tiempo, de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. Su prestigio como economista acabó por ser importante. Formó parte de la *Société d'Économie Politique*, de tanto peso en la historia de las doctrinas económicas. De Gabriel Rodríguez habla mucho Galdós en su novela Prim, al referirse a la situación del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid en 1865. He aquí unos párrafos de esta novela: “En los primeros días de abril de (1865) creció el avance en las tertulias y mentideros de los ilustrados con discusiones numerosas que casi llegaron a inundar el espacio fundamental del, hasta entonces, sosegado salón de lectura, y casi llegó algún eco de ello a las sesiones de cátedras dónde unas noches explicaban expertos como el señor Villanueva y otras lo hacía Gabriel Rodríguez con la crítica a la cuestión del sistema protector”.

La producción bibliográfica de este economista no se puede reducir exclusivamente a temas relacionadas con el comercio internacional. Basta mencionar su ponencia “Consecuencias e inconsecuencias de la libertad bancaria”, en el Congreso Mercantil. Lo prueban también sus aportaciones a la reunión americano –portuguesa celebrada en 1892 en el Circulo de la Unión Mercantil, o sus polémicas en 1860 en la Revista de Andalucía con Fray Ceferino González sobre “La Economía Política y el Cristianismo” o el artículo “El Concepto de Economía política”, en el número del 25 de noviembre de 1885 de la “Revista de España”, o el trabajo aportado en 1891, en “La Estafeta” acerca de “Las Causas de la crisis monetaria”, así como la conferencia en la Universidad Central el 18 de abril de 1869, titulada Influencia de las Ciencias Económicas y Sociales en la Educación de la Mujer o la conferencia en la Institución Libre de Enseñanza, el 13 de noviembre de 1879, sobre Carlos Marx y Lasalle, y desde luego, su polémica con Adolfo Álvarez buylla, titulada El Socialismo de Cátedra, precisamente en el seno de la Institución Libre de Enseñanza, el 3 de febrero de 1878, y cuya lectura y la réplica de Álvarez Buylla, muestran el débil conocimiento de la economía que tenía este último, y famoso, krausista.

En la Escuela de Ingenieros de Caminos fue Gabriel Rodríguez, maestro de Echegaray. Siempre me impresionó en relación con el ambiente entonces existente, la noticia de un duelo famoso relatado precisamente por Echegaray en su intervención en la Velada Necrológica en honor de Gabriel Rodríguez, que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid el día 24 de mayo de 1903. Creo que merece la pena transcribir este relato por lo que significaba de apasionamiento sobre la política económica y, también, de conocimiento de matemáticas: “Gabriel Rodríguez estaba (como profesor) en la Escuela de Caminos; por aquel tiempo, estaba Manuel Becerra también; se trataban como condiscípulos. Un día discutieron sobre quién era el mejor profesor de matemáticas en Madrid. Gabriel Rodríguez pretendía que el mejor...era Ángel Riquelme, porque había sido su profesor...Becerra pretendía que el mejor profesor era Don Francisco Travesero. Discutieron y disputaron y

llegaron por ello a reñir con intensidad y decidieron, por último, que aquello no podía resolverse sino con un combate, una especie de desafío....allá, detrás del Retiro y que el duelo se celebrase a fuerza de brazo y dureza de puños....Allá se fueron y lo iniciaron.....Era fuerte Manuel Becerra pero era más ágil Gabriel Rodríguez, y cuando se convencieron de que la cuestión no se podía resolver de aquella manera violenta de combatir, se dieron la mano y volvieron como amigos discutiendo sobre la última aportación de Wronski”.

Y vayamos al impacto de las matemáticas en la economía que explicaba Gabriel Rodríguez: “En la Escuela de Ingenieros de Caminos, la cátedra que desempeñaban era una asignatura denominada “Economía Política y Derecho Administrativo”. Con ella decidió, según las informaciones que he recogido, la ampliación de sus explicaciones a los alumnos introduciendo, además de Matemáticas, Derecho Administrativo. Por eso Gabriel Rodríguez amplió el mundo de sus beneficios con ingresos derivados de un bufete sobre reclamaciones contencioso administrativas. Fue el suyo, en esta especialidad, el primer despacho de abogados de Madrid, hasta el punto de llegar a abandonar totalmente su labor inicial como ingeniero. Se decía que había llegado a tener un asiento más por ello, al mismo tiempo, en el Consejo de Estado –sabido es que entonces, esta jurisdicción se transformó en una sala especial del Tribunal Supremo-, ocupándose Gabriel Rodríguez de asuntos en materias, en mayor parte cercanas por un lado a las obras públicas, aguas, carreteras y ferrocarriles, pero consiguiendo algo más. Las empresas de mayores dimensiones le solían encargar también dictámenes, así como defensas ante los tribunales ordinarios. Durante cinco años estuvo a sus órdenes, en su bufete, Joaquín Costa.

Tanto brilló Gabriel Rodríguez en estas cuestiones prácticas, que se convirtió en un académico profesor de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, y, sobre todo, analizando cuestiones sobre asuntos contencioso-administrativos, desde las que formuló, poco a poco, proyecciones de tipo mercantil. Téngase en cuenta esto en relación con su actuación como vocal de la Comisión Revisadora del Código de Comercio, además de formar parte, hasta su muerte, de la Sección Segunda, de Derecho Mercantil, de la Comisión General de Codificación, tras su reorganización por el Real Decreto de 17 de abril de 1899. Queda clara, una vez más, la proyección múltiple que acababa teniendo un Ingeniero.

Él fue, y creía que eso sería lo normal, un ingeniero que no solo actuaba al servicio de la Administración, sino que podía ser, como buen liberal, el que participase en el bienestar colectivo con sus servicios en el mundo privado. De ahí que no tuviese empacho alguno en aceptar la dirección del llamado Ferrocarril del Noroeste, en construcción. Otra cosa es que procurase tener a raya a los contratistas en defensa de los accionistas. Por eso, cuando la presión de las irregularidades fue intolerable, abandonó el puesto. Pronto se puso de manifiesto que tales personas, una vez que hubo desaparecido de la empresa Gabriel Rodríguez, habían sido tan egoístas que terminaron por causar la quiebra de esta

compañía, lo cual, a su vez, originó uno de los más largos e importantes contenciosos, desarrollado ante nuestros Tribunales de Justicia. Por todo eso, consideraba Gabriel Rodríguez, cuestión fundamental para un ingeniero de Caminos, el conocimiento del derecho administrativo y del mercantil. Agregaba que pensaba que era más útil para el mundo empresarial eso, que la economía, y por tanto, en tal sentido, había insertado tales enseñanzas jurídicas en la Escuela de Ingenieros de Caminos.

Como final de mi análisis de la figura de Gabriel Rodríguez, debo señalar que considero magnifico el estudio que sobre este economista se ha verificado en la obra de la colección Clásicos del pensamiento económico español, cuya ficha bibliográfica es: Gabriel Rodríguez, Apuntes de Economía política y otros asuntos. Estudio introductorio y edición (por) Salvador Almenar Palau, (Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Instituto de Estudios Fiscales. Fundación ICO 2016). Ese estudio introductorio magnífico del profesor Almenar, que se titula De la Democracia Liberal del siglo XIX, señala los títulos siguientes en sus apartados: Los inicios. El Ingeniero y el Economista de las Obras Públicas; Las revistas “El Economista” y la Practica del Librecombio; La Razón, La Democracia y el Socialista; y sobre todo los a más de multitud de folletos; Los “Apuntes de Economía Política”; El Consumo, y finalmente los “Apuntes de economía política”. Su importancia social queda señalada así en la pág. 104: “Los Apuntes presentan importantes diferencias con respecto a los manuales de cátedra pioneros de Economía Política que se estudiaban en las Facultades de Derecho y en las Escuelas de Comercio. No solamente por la formación científica del profesor Rodríguez, sino por la novedad material del texto unido a una elevada densidad expositiva, que sólo se entiende porque las clases estaban destinadas a una audiencia especial; los alumnos de cuarto curso de la Escuela, académicamente preseleccionados y con una exigente preparación científica y matemática”.

Y merece la pena destacar esta palabras sobre el impacto de los ingenieros en la economía: “Los Apuntes, considerados en cuanto son una muestra peculiar de la economía política racional, término que Rodríguez emplea en 1879, y que utilizan los ingenieros o economistas del siglo XIX y XX, desde Jules Dupuit a Divisia, pasando por Wolkoff, aunque con diferentes sentidos, Rodríguez intentaba sumar algunas aportaciones de la escuela economista liberal (el plural grupo Chez Guillaumin) y con las iniciativas del desarrollo deductivo y matemático de algunos economistas pragmáticos, como el citado Jules Dupuit, pero también las de Cournot, von Thünen y Wolkoff. Un rasgo específico de las clases impartidas en el curso 1880-1881, era que el esfuerzo modernizador no presentaba todavía informaciones sobre la recogida de datos en relación con el marginalismo, a pesar de la favorable opinión de Rodríguez sobre Jevons y Walras o los análisis sobre productividad marginal del capital”.

Un encaje definitivo sobre Gabriel Rodríguez puede encontrarse en el planteamiento que sobre estas cuestiones debemos a Rocío Román Collado,

autora de “Gabriel Rodríguez y sus Apuntes de Economía” en la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas de Madrid (Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Demarcación de Murcia, 2008), obra que se inicia así (pág. 7): “Si algo comenzó a interesar a los Ingenieros de Caminos, fue su preocupación por la economía en sus dos vertientes: microeconomía en cada proyecto y en cada obra concreta y macroeconomía en la planificación general de las obras públicas”. El origen de esta vocación la atribuye al fundador de la Escuela, Agustín de Betancourt, quien, por haber estado presente en Francia, había visto de cerca la creación de “un cuerpo estatal que organizaba los recursos públicos dedicados a las obras de fomento y quien, tras visitar las grandes empresas, había manifestado la necesidad de buscar la rentabilidad de cada cantidad invertida por el capital privado”. Y esto a partir de Betancourt junto con López de Peñalver, quedó de manifiesto en la Memoria sobre los Medios de facilitar el Comercio Interior dirigida al conde de Floridablanca.

Siento decir que, en cambio, no tiene valor prácticamente el libro de Jaime Camprodón, Los Ingenieros de Franco (2017). Basta con decir que ignora la existencia del libro de Robert, y que también ignora los planteamientos económicos de Suanzes en contra de los efectuados por Larraz para crear empresas industriales públicas, a más de que desconoce la existencia de importantes Ingenieros Agrónomos.

A mi juicio creo que es preciso señalar que también existieron ingenieros radicalmente poco vinculados al terreno de la economía como ciencia, pero que, a pesar de eso, tuvieron mucha influencia desde el punto de vista de la orientación de la política económica española. Tal es el caso del citado Ingeniero Naval, Juan Antonio Suanzes, como Ministro de Industria y creador del Instituto Nacional de Industria, de enormes consecuencias hasta su cese en 1963. Suanzes era partidario de la creación de empresas industriales del sector público porque, como ha señalado Ana Romero en el Diccionario de Pensamiento Económico en España (en 1500-2000) (Fundación ICO, 2003), “desconfiaba de que la iniciativa privada industrializase al país”. Por su parte Elena San Román, en la nota Protección e Intervención más allá de la guerra, en el tomo 6, La modernización de los estudios de Economía, de la obra dirigida por Enrique Fuentes Quintana Economía y economistas españoles (Editorial Gutenberg Círculo de Lectores, 2011, págs. 1035-1036), señala que “para Suanzes tener una industria fuerte, retaguardia del país, se convirtió en una prioridad. Sus ideales fueron plenamente asumidos por Franco, sobre quien ejerció una notable influencia en materia económica. Dentro del modelo de apertura puesto en acción en 1959, chocó fuertemente con López Bravo, ministro de Industria y, por cierto, también Ingeniero Naval”. Y no se puede olvidar la importancia, por lo que se refiere a la creación de un ambiente favorable al proteccionismo, sobre todo considerado como eje del desarrollo, el impulso al sector secundario planteado por el citado Ingeniero Industrial Antonio Robert, cuyo libro Un problema nacional: la industrialización necesaria, (Espasa Calpe, 1943),

fue la primera exposición de sus puntos de vista, ampliados más adelante en Los países olvidados y la economía de la paz (Espasa Calpe, 1946). La primera de estas obras lleva un largo prólogo de José María de Areilza, quién también, por cierto, era Ingeniero Industrial, y que en su curso de Política Económica desarrollado en los inicios de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, defendió con claridad –yo fui testigo como alumno- de un franco nacionalismo económico y, por tanto, de defensa de modelo castizo.

Este impacto en varias direcciones, relacionadas todas con la economía, ha llegado hasta ahora mismo, y ha pasado a ser una de las vocaciones esenciales de los Ingenieros de Caminos en la Transición. Uno de ellos fue Leopoldo Calvo Sotelo. Su formación se inició en el Instituto Escuela de Madrid, después Instituto “Ramiro de Maeztu”, donde desarrolló un bachillerato excelente. De ahí pasó a ingresar en la Escuela de Ingenieros de Caminos en 1951. Como ha señalado Salustiano del Campo en el Discurso de Contestación con motivo del ingreso de Leopoldo Calvo Sotelo en esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 16 de noviembre de 2005, mientras Leopoldo Calvo Sotelo estudiaba la carrera, colaboró en una publicación técnica, la Revista Industrial y Fabril, que tenía dos partes: una de artículos firmados; la otra, muy extensa, de crónicas y reportajes sin firma, los cuales Leopoldo Calvo Sotelo redactaba íntegramente: “Además, con dos compañeros de promoción, lanzó la revista Arco de tipo técnicoliterario, que fue suprimida por el director de la Escuela al llegar al nº 3, por incluir sus colaboradores excesivas críticas firmadas”.

En 1951 concluyó Leopoldo Calvo Sotelo la carrera con el nº 1, y recibió por ello el Premio Extraordinario y de inmediato se le eligió, por un lado, para participar en el mundo de la política, ingresando en las Juventudes Monárquicas de Joaquín Satústregui, partidarias de la restauración en la figura del Conde de Barcelona, pero simultáneamente se doctoró en el Cuerpo de Ingenieros de Caminos en 1968. En el campo de la política no tuvo una postura de franca oposición al régimen de Franco, pues le vemos nombrado presidente de Renfe en 1956, y entra como Procurador en las Cortes Españolas, como presidente de los empresarios de la industria química, sendero que le llevaría a pasar a un puesto clave en la empresa Unión Explosivos Riotinto. Pero además presidió en las Cortes Españolas, la Comisión de Obras Públicas, y según Salustiano del Campo, “estuvo un par de años en la Asamblea del Comercio de Europa” y pasó a ocupar puestos importantes en la denominada “Gran Banca Española”, concretamente, en los Bancos Urquijo y Central Hispano.

Al llegar la Transición, en el gobierno de Arias Navarro, fue Ministro de Comercio e impulsó la incorporación de España a instituciones europeas. Con Adolfo Suarez fue sucesivamente Ministro de Agricultura interino, de Obras Públicas, de Presidencia, y, a partir de febrero de 1978 y hasta abril de 1979, ministro de Relaciones con las Comunidades Europeas.



Precisamente en ese puesto y, a continuación, como Vicepresidente del Gobierno y como Presidente del Consejo de Ministros, pasó a ocupar una situación clave en la economía española. Fueron los momentos en que, basándose en el título de ingeniero que tenía Leopoldo Calvo Sotelo, pero además, con todas esas proyecciones, se le designó numerario en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. A partir del impulso inicial de Alberto Ullastres y de Fernando María Castiella, Leopoldo Calvo Sotelo pasó prácticamente a culminar la obra de nuestra inclusión en el mundo comunitario. Se convirtió, en un hombre clave en la primera parte de la Transición.

A través de lo señalado nos encontramos con que el mundo de los ingenieros tiene unas proyecciones extraordinarias hacia otros ámbitos, y especialmente, en los de la economía, la política, la literatura, la actividad empresarial, y por supuesto el de ser excelentes técnicos en su especialidad. Esa proyección múltiple hemos visto que se repite una y otra vez. Y desde luego se mantiene ahora mismo dejando una huella profunda en la economía española.